



Historia de las Mujeres.  
 El siglo XX. La nueva mujer.  
 Taurus, 1993 México

original

12.34  
 L 178  
 352

Una emancipación bajo tutela. Educación y trabajo de las mujeres en el siglo XX

004270

Rose-Marie Lagrave

«El siglo XX escribirá la historia de la rivalidad entre hombres y mujeres»: son palabras del discurso que el 23 de julio de 1908 pronunció el director del *Collège de Jeunes Filles* de Périgueux, con ocasión de la entrega de premios. En el umbral del siglo XXI es menester comprobar que esta predicción no se ha cumplido. Para rivalizar hay que tener al menos alguna probabilidad de ganar, y combatir con las mismas armas. Ahora bien, a pesar de una creciente feminización de la sociedad, el juego entre hombres y mujeres sigue siendo muy desigual como para que pueda organizarse una competencia perfecta. El siglo XX se define más bien por la larga y lenta legitimación de los principios de división sexual del mundo social, al perpetuar o reinventar sutiles formas de segregación en el sistema de formación y en el mundo del trabajo. En efecto, el orden social funciona como una suerte de criba que distribuye de manera regular, aunque imperfecta, a hombres y mujeres en esferas de formación y de trabajo separadas. Su función principal estriba en organizar la competencia entre los sexos y de disimular con eufemismos la violencia de la dominación masculina<sup>1</sup>. Y, sin embargo, este siglo no ha dejado ni por un instante de proclamar la igualdad de los sexos y la ha escrito con letras de oro en las leyes, de tal modo que muchos analistas y observadores se sienten inclinados a calificarlo de liberador. Efectivamente, todos los análisis concuerdan en mostrar la influencia cada vez mayor de las mujeres en el engranaje de la sociedad, siempre y por doquier. Si no se tiene en cuenta la ilusión óptica por la que se atribuye la igualdad de los sexos a la evolución positiva de la condición femenina, sin advertir en absoluto que en el mismo periodo también evoluciona la condición masculina, es posible rendir homenaje a este siglo decadente. Pero si, en cambio,

~~004130~~

5. Evolución general del trabajo.  
 6. Transición  
 1- Emancipación  
 2. Igualdad de condiciones  
 3. Educación y trabajo

¿Mujer sola y sin recursos, obrera que aumenta los ingresos familiares, viuda a cargo de su familia, soltera que desea tener ingresos propios? ¿Que experiencias han marcado la mirada y el rostro de estas mujeres? Desde el lugar que ellas diseñaron para ellas surgen los rostros que quieren decir su historia. Una historia de desigualdades, una historia que escriben siempre desde su lugar de postergadas. 1930, Berlín. Obreras.



adoptando un pensamiento relacional, se compara constantemente el ascenso de las mujeres con el progreso de los hombres, se descubre con toda claridad el desfase de las posiciones entre hombres y mujeres, tanto en educación como en trabajo.

Pero no basta con poner de manifiesto la permanencia de las desigualdades entre los sexos, pues también desempeñan un papel importante las desigualdades de las propias mujeres. Si bien es cierto que, en determinados aspectos, las mujeres del siglo XX tienen características comunes que los pensadores de todas las tendencias se afanan en recordarles, las oportunidades de desarrollarse en pie de igualdad con los hombres están muy mal distribuidas. Entre la alumna de la Escuela Normal de Sévres que compite con los estudiantes de la calle de Ulm por una cátedra, y las obreras que, orientadas por esa especie de instinto de clase que prevalece sobre el de sexo, luchan codo con codo con los obreros, encontramos toda la enorme distancia que separa las clases sociales entre sí. Sin embargo, la existencia de este sistema de diferencias no igualitarias no presupone nada acerca del carácter irreversible e inamovible del poder que constituye la suerte de hallarse del lado favorable de la desigualdad, es decir, la suerte social de ser varón. Pero en el mundo de la educación y del trabajo, la ley de la alternancia no desempeña ningún papel: las posiciones dominantes son ocupadas siempre por varones; las desvalorizadas, por mujeres. Por ejemplo, un oficio feminizado ya no se masculiniza; la Sorbona «Paseo de las señoritas», como se decía en 1919, no se ha convertido hoy en el paseo de los caballeros. Cuando las mujeres progresan en una profesión, los hombres desertan o lo han hecho ya antes. No se trata de una situación de rivalidad, ni de competencia justa, sino de una defección silenciosa. Esta fuga hacia adelante perpetúa el desfase estructural de las posiciones entre hombres y mujeres, al mismo tiempo que asegura el cambio de la estructura y la adaptación a la coyuntura. Pero es imposible entender a fondo la permanencia de este desfase si se pierde de vista que toda comparación entre hombres y mujeres, aun cuando sólo sea estadística, está viciada en su fundamento mismo. La situación no es la misma, por otra parte. Y este «por otra parte» se llama familia, que ejerce una gravitación ideológica y práctica diferente sobre los unos y las otras. A los hombres se los exhorta a trabajar para atender las necesidades de la familia, mientras que a las mujeres se las acusa de abandonar esa misma familia por un salario complementario. Los hombres «entran en la carrera»; las mujeres, en cambio, desertan del hogar. Pierre Hamp dice en 1919: «A causa de la feminización de los oficios, estamos ya deshonorando las cunas.» Éste es, aunque con argumentos revisados, corregidos y adaptados a las circunstancias, el leitmotiv del siglo XX: educación y trabajo para las mujeres, sí; pero bajo vigilancia y en determinadas condiciones, siempre que no revierta en perjuicio de la familia, siempre que se mantenga dentro de límites pensables para las mujeres en cada época; siempre que no ponga en peligro la limitación y la excelencia de los títulos y de los puestos que ocupan los hombres. De ahí la necesidad de inculcar, tanto a los varones como a las niñas y tanto en la guardería como en la familia, dos sistemas de disposiciones diferentes que se encarnarán poco a poco en dos sistemas de posiciones separadas en el trabajo. El siglo XX, por tanto, ha escrito la historia de la entrada masiva de mujeres en la



educación y en el empleo remunerado, pero marcada por la desigualdad de oportunidades escolares y por la negación del carácter sexualmente mixto de las profesiones. Es decir, que, con variaciones, pero también con elementos invariables, continúa escribiendo la conocida historia de la segregación.

Liberadas del corsé y hasta de las faldas ensucian sus manos, entusiastas, en una labor imposible de imaginar en épocas normales. La guerra hace creer en un 1789 de las mujeres. 1917, Nueva York. Un grupo de mujeres asiste a un curso de mecánica de automóviles.

### Trabajo o familia: ¿Cuál es la patria de las mujeres? (1918-1945)

Una vez pasada la tormenta de la Primera Guerra Mundial, a la hora de los balances sobre las cifras de escolarización y de actividad de las mujeres, se llega a la conclusión de que «la guerra de 1914 fue el 1789 de las mujeres». En efecto, la guerra resulta útil a las mujeres:



los hombres, que se han marchado al frente, ceden su lugar; ellas cumplen bien su cometido en la retaguardia. Durante el drama, el compromiso se desplaza, no tiene lugar la competencia por el reparto del trabajo entre hombres y mujeres, a falta de combatientes. En 1917 se comienza a pensar en el fin de las hostilidades, a buscar soluciones. No es una época fácil. En efecto, se abre un período que, entre una y otra guerra, presenta todas las señales de la enfermedad infantil del capitalismo: depresión, crisis, crac bursátil, desempleo estructural. Y todo ello pone al descubierto, ante el azoramiento del mundo entero, la carencia de instrumentos internacionales reguladores de una economía en crisis. En este contexto mundial de turbulencias coyunturales y estructurales es donde, en los países industrializados, la educación y el trabajo femeninos experimentan notables progresos. Unos se asombran, otros lo lamentan, pero la urgencia está en otro sitio. Después de tantos muertos, si las mujeres no se dan cuenta por sí mismas de cuál es su deber, vale la pena recordárselo.

*Del espíritu  
a la letra*

Las reconstrucciones nacionales también son empresas de repoblamiento de las naciones. El descenso de la natalidad, el aumento de la cantidad de trabajadores, el regreso de los hombres a las fábricas y a los campos, todo ello desencadena una nueva ofensiva ideológica de gran envergadura con el propósito de que las mujeres regresen a su casa.

Fortalecida por el apoyo de la Iglesia, la política profamiliar escoge como blanco privilegiado el trabajo de las mujeres, sobre todo el de las mujeres casadas. He ahí el origen de todos los males: el descenso de la tasa de natalidad, la mortalidad infantil, la dispersión familiar, la degeneración de las costumbres y la abdicación paterna de los deberes de educación de los hijos. Se trata de una estrategia bien planificada y que se desarrolla en dos planos a la vez. Uno, radical y represivo: la prohibición lisa y llana; el otro, educativo y positivo: la revalorización del trabajo doméstico. Una operación de este tipo no se lanza sin haberse asegurado antes la retaguardia. Apoyándose en las ligas femeninas católicas y en el patronato, portador del catolicismo social, se realizan periódicamente sondeos internacionales con el fin de comprobar las oportunidades de éxito de una empresa de «repatriación» de las mujeres al hogar. Las respuestas son claras, pero expresan desconcierto. ¿Cómo conciliar la ética católica y el interés económico? Los patronos responden que el interés general manda sin duda prohibir el trabajo de las mujeres casadas, pero, ¿ha de sacrificarse por ello el interés particular, el beneficio de la empresa? Los patronos austriacos aducen el aumento de precio de las mercancías: habría que emplear a hombres en sustitución de las mujeres; pero en Austria, el salario que cobran las obreras es la mitad del de los obreros. Francia, Italia y España señalan que las madres de familia son más razonables en el trabajo que las chicas jóvenes. Bélgica, Italia y Austria proponen prohibir por ley el trabajo de las mujeres casadas, mientras que Francia responde que habría que contemporizar, pues esa medida no conseguiría más que estimular el concubinato. Pero este argumento carece de valor en Austria, que demuestra que el concubinato es cuestión de mujeres mantenidas, no de obreras. Se sopesan los pros y los contras: por un

lado, la industria se vería liberada de las indemnizaciones por maternidad, pero, por otro, a los hombres habría que pagarles salarios más elevados. Las medidas radicales distan mucho de ser evidentes y, por tanto, hay que conformarse con un consenso mínimo: a partir de entonces, todos los patronos católicos tendrán que negarse «a ocupar» a las madres de familia.

A esta ofensiva le falta habilidad: sería mejor conseguir que las mujeres se hicieran ellas mismas cargo de su propia eliminación del mundo del trabajo. Se trata de oponer, al retiro pasivo, el retorno entusiasta y valorizado al hogar: se inventa la madre educadora, el ama de casa racional y taylorizada, mascaron de proa de la nueva economía doméstica. Además, se abren escuelas y cursos para intensificar la educación doméstica, que adopta tanto formas burguesas como populistas, a fin de adaptarse a las diferentes expectativas de clase. Para las clases trabajadoras debe ser un medio para luchar contra el derroche y un método para hacer maravillas «con lo que hay», es decir, con un salario modesto. Si, por un lado, los obreros luchan por un salario decente, por otro lado sus esposas deben aprender a acomodarse a éste racionalizando al máximo los gastos. En Francia la inauguración del primer Salón de las Artes del Hogar, en 1923, sacude la somnolencia de las mujeres de la burguesía: es necesario mecanizar la cocina, aprender un nuevo arte de recibir y de participar así en la plusvalía del capital social del marido al consumir menos, pero mejor. En Alemania, se estimula la formación doméstica de las chicas jóvenes con el concurso de las amas de casa, y el año 1934 se declara «año de la economía doméstica». A pesar de ese gran proyecto para las mujeres, los discursos familiaristas ya no tienen eco; entran demasiado en contradicción con los intereses del mundo del trabajo y con las aspiraciones al ascenso social que las mutaciones estructurales ahora hacen posible. Esta temeraria empresa no impide que las mujeres se mantengan en el mundo del trabajo.

Es verdad que sufren más que los hombres las sacudidas de una economía en crisis y pagan el precio de la adaptación al mercado del trabajo, pero resisten bien, sin grandes progresos, pero sin retroceso notable. Para Europa, el análisis del *Annuaire statistique international de la Société des Nations* muestra que, a partir de comienzos del siglo, el porcentaje de la población femenina activa presenta una notable estabilidad en relación con la población femenina total. Desde el punto de vista estadístico, Europa se divide en dos. Por una parte, los países del norte, sobre todo Dinamarca, Suecia, Noruega, Inglaterra y Finlandia, industrializados desde mediados del siglo XX, son testigos del aumento de mujeres activas entre 1900 y 1910, mientras que hasta 1930-1931 su número se estanca e incluso disminuye, para volver a elevarse hasta 1945. Por otra parte, los países del sur intentan superar su retraso. Con un punto de arranque muy bajo para alcanzar un nivel extremadamente moderado, Grecia, Italia y España «despegan» hacia 1915-1920. En Grecia, por ejemplo, la tasa de actividad femenina pasa del 13.6 al 24 por 100 entre 1921 y 1928. Francia encabeza el pelotón: en 1926, el 36 por 100 de las mujeres está en actividad, frente al 23 por 100 en Italia. Sin embargo, el trabajo en Europa sigue siendo abrumadoramente masculino; la cantidad de hombres activos es el doble, y hasta el triple, de la de mujeres. Más reveladora aún resulta la